



TONIA ETXARRI

RAJOY PASA DE PRESIONES

Nunca el colectivo de presos había logrado tantos valedores entre los partidos vascos

No ha habido campaña de Navidad, en la historia de los últimos treinta años de Euskadi, sin que los publicistas de la causa lanzaran su mensaje de conciencia sobre el aperitivo de Santo Tomás: «No estamos todos, faltan los presos». Este año, una vez comunicado el fin de la violencia de ETA, sin que la banda se disuelva porque le queda todavía mucho que controlar, el plan de acercamiento coordinado entre la organización terrorista, sus presos y la izquierda abertzale no ha faltado a su cita.

La ansiedad de cerrar cuanto antes el ciclo del terror ha animado a buena parte de la clase política a secundar (a excepción del PP y UPyD) la consigna en favor de cambios en la política penitenciaria. Sobre el papel, en la reivindicación imprecisa cabe todo: desde la excarcelación de los reclusos con dolencias graves, hasta la amnistía por goteo. Todo indica que se trata de presentar los beneficios penitenciarios como un hecho asociado al «nuevo escenario» y el fin de la dispersión como un acto «democrático urgente».

Y si el sábado, en el suroeste de la Francia de Sarkozy, el diputado general de Gipuzkoa, Martín Garitano, posaba en una manifestación junto a dos prófugos de la justicia, acusados de formar parte del entramado de ETA, ayer fueron los 350 exreclusos quienes calentaron motores en el frontón de

Azpeitia. El mismo pueblo de Inaxio Uria, a quien sus familiares le rindieron homenaje la pasada semana diciendo que no querían a su lado a quienes no condenasen «de verdad» todos los atentados de la historia de ETA.

Suenan los timbales de la nueva Batasuna. Y el futuro presidente del Gobierno los oye. Pero Mariano Rajoy, aunque sabe que esto no ha hecho más que empezar, dice en privado que «pasa de presiones». Que las recibe de casi todos los flancos. Porque nunca el colectivo de los presos tuvo tantos valedores entre los partidos democráticos vascos. Desde el PNV, Iñigo Urkullu quiere hablar con Rajoy para condicionar su apoyo en la investidura entre otras cosas, al acercamiento y el fin de la dispersión. El propio lehendakari

exhibió ese banderín de enganche cuando empezó el curso político en el Parlamento vasco, y no lo ha soltado desde entonces, temeroso de que el PNV le siga acusando de falta de liderazgo o se le subleven algunos pesos pesados del socialismo guipuzcoano.

Es cierto que Rajoy pretende contar con el PNV para gestionar el escenario post ETA pero no piensa hacer ningún movimiento que sorprenda a los ciudadanos que le han votado y que no pase por el despacho del presidente de los populares vascos, Antonio Basagoiti. En el PNV saben que los 'puenteos' a los que tanto se prestaba Zapatero, que no tenía reparos en recibir a Urkullu y pactar con él a espaldas del lehendakari, no serán tan sencillos. De acuerdo con el reparto de papeles y equili-

brios en el PP, cualquier movimiento relacionado con la política vasca que se realice en la sede de Génova y en Moncloa va a tener que contar con el beneplácito del dirigente del PP vasco.

Y Basagoiti, que ha expresado su deseo de que Amaiur se acomode en Grupo Mixto del Congreso y suscribe la decisión de Rajoy de no recibir a la nueva Batasuna en la ronda de partidos, ha situado el listón más alto que sus socios en el Gobierno vasco: mientras ETA siga existiendo no hay que precipitarse en cerrar el capítulo más ignominioso de nuestra historia reciente. Así es que va a resultar mucho más fácil saber qué actitud va a adoptar Mariano Rajoy con las presiones que está recibiendo desde los sectores nacionalistas y de los propios socialistas vascos, con el lehendakari a la cabeza, que acertar en la quiniela de los futuros ministros.

Los presos de ETA quieren tener vela en este entierro. Se avencia un pulso porque en el PP de momento sostienen que «sí tienen tanta prisa, que se dirijan a quienes mandan en la banda y les exijan su disolución. Y entonces veremos cómo se van quemando las etapas». Aquí sí que tenemos un proceso de dos velocidades. Desde el Gobierno vasco su consejero de Interior, Rodolfo Ares, sabedor de que el acercamiento de los presos es recomendable pero no obligatorio, se ciñe al cumpli-

miento de la ley y a la necesidad de que la petición de beneficios sea individualizada. Porque la asignación del centro penitenciario es una facultad discrecional de las autoridades.

Si estos presos quieren acogerse a medidas de reinserción avanzarían unos cuantos 'telediarios' si mostrasen el debido arrepentimiento. Pero si se lanzan por la pendiente de la exigencia de la amnistía, expresamente descartada por la Constitución, se puede entrar en una fase de pulso sostenido entre el mundo de ETA y el Estado que no va a lograr otro fin que el del aplazamiento de la agonia del entramado procedente de la violencia, que cree que la política democrática consiste en imponer sus condiciones a cambio de dejar en paz a la ciudadanía. Ni un chantaje, dice Ares, mientras su compañero, el exalcalde de San Sebastián, Odón Elorza envía su recado particular a Rajoy, lleno de adornos navideños para que atienda a todas esas voces que le van presionando para mover a los presos. Rajoy reconoció que ETA había anunciado el fin de sus atentados sin haber logrado ni la independencia ni la incorporación de Navarra a Euskadi. Pero de ahí a dar a Amaiur el trato de un partido democrático más, va un trecho. Un trecho que se empieza a recorrer esta semana con la constitución de las Cámaras y que se prevé tenso. Y largo.